

LA LITERATURA COLOMBIANA

(Continuación)

A los nombres de los autores citados debemos agregar el de Alonso Garzón de Tahuste, natural de Timaná y cura de la catedral de Santa Fe. Menos afortunado que aquéllos, Garzón sólo vive por las citas que de él hacen otros cronistas, pues se ha extraviado su *Historia antigua de los chibchas* (1). Por la época a que pertenece (nació a mediados del siglo XVI) y por la circunstancia de su estado, que lo ponía en íntima relación con la población indígena, estuvo Garzón en situación de obtener preciosas e interesantes noticias sobre los antiguos pobladores del Nuevo Reino; y los que se aprovecharon de su labor lo citan como autoridad digna de crédito. ¡Lástima que el tiempo no haya respetado sus manuscritos! ¡Precaria condición la de nuestros escritores, antes de la introducción de la imprenta en el Nuevo Reino! Tenían que confiar sus obras a los azares de un largo viaje, para solicitar de la corte el correspondiente permiso y hallar un editor que se resolviese a publicarlas. A veces, en tales andanzas, naufragaban los manuscritos, después de andar de aquí para allá durante largos años; algún autor afortunado lograba verse brillantemente editado como Piedrahita; otros apenas alcanzaban ediciones pobres y mendosas, que revelan la falta del ojo vigilante del propio autor para corregir monstruosos yerros de imprenta, hijos del descuido y de la ignorancia.

Los trabajos gramaticales no pertenecen propia-

(1) No es imposible que el manuscrito parezca, como pareció el del breve tratado *Sucesión de preladados y jueces seculares del Nuevo Reino*, que encontró en Madrid don Diego Mendoza—Véase *Boletín de Historia y Antigüedades*, t. IV.

mente a la historia literaria; pero sería imposible prescindir de ellos, cuando se trata de las obras que se escribieron en la larga época colonial sobre las lenguas indígenas de América; porque revelan el esfuerzo hecho por la raza conquistadora para entrar en comunicación con lo más íntimo del alma americana; muestran el trabajo de asimilación de los dos pueblos; y son, en ocasiones, el arca en que se salvaron los restos de esos idiomas y dialectos, cuyo estudio interesa tanto a la filología. Esta sección es, entre nosotros, bastante pobre, sobre todo si se compara con las que ofrecen México y el Perú, como puede verse en la magnífica bibliografía del Conde de la Viñaza. Esa pobreza es explicable, porque el idioma chibcha, es decir, el que hablaba el imperio más adelantado del Nuevo Reino, pereció en breve, aun cuando la raza indígena persistió, mezclándose con la conquistadora; al paso que lenguas como el quichua y el aimará son habladas todavía por numerosas gentes. Entre los misioneros que escribieron en el Nuevo Reino sobre las lenguas del país figura en primer término el dominico fray Bernardo de Lugo, natural de Santa Fe y autor del siguiente libro, que es de los más raros de nuestra literatura: *Gramática de la lengua general del Nuevo Reino llamada Mosca*, publicado en Madrid en 1619. El padre Lugo era predicador general de su orden y catedrático de la lengua chibcha o mosca en el Convento del Rosario de Santa Fe. La obra, pequeña en volumen, pero del mayor interés para el lingüista, está dividida en las partes usadas en las gramáticas de lengua latina, y tiene como suplemento un confesionario para uso de los sacerdotes que administran el sacramento de la penitencia a los indios convertidos. Allí está el Padre Nuestro puesto en la lengua de los hijos de Nenqueteba. El egregio Adelung, uno de los padres, con Hervás y Panduro, de la filología comparada, ex-

tractó la gramática del padre Lugo en el tomo tercero de su monumental obra titulada *Mithridates*. En cambio, Hervás y Panduro, que vio en Roma número tan extraordinario de gramáticas y vocabularios de América, no parece haber tenido noticia del padre Lugo, pues en el volumen primero de su inmortal *Catálogo de las Lenguas*, donde habla de las usadas por los indígenas en el Nuevo Reino, apenas aprovecha una breve referencia del obispo Piedrahita. El padre Lugo tenía dispuesto también un catecismo y un vocabulario. Copias manuscritas de éste sirvieron a Uricoechea para el que figura en su obra.

El trabajo de este modestísimo religioso no fue continuado en su época, y sólo ha recibido sabio complemento en el libro de Uricoechea, escrito de acuerdo con los adelantos de la ciencia filológica moderna.

En la segunda mitad del siglo XVIII floreció don Basilio Vicente Oviedo, cura de varios pueblos de la arquidiócesis de Santa Fe, de quien dice Fernández Duro que «dedicó las horas de la siesta a bosquejar las condiciones geográficas de los curatos en el Nuevo Reino de Granada, intercalando curiosas noticias de historia natural.» Da larga noticia de este escritor el eminente señor González Suárez en un estudio titulado *Un escritor colombiano del tiempo de la Colonia*. Allí leemos: «Este cura compuso una obra dilatada, una verdadera enciclopedia miscelánea o biblioteca eclesiástica, que consta nada menos que de once tomos en folio... Varios de los escritos de Oviedo son históricos y pudieran servir muchísimo para ilustrar la historia de la dominación colonial en el Nuevo Reino de Granada. Varias tentativas se hicieron para publicar la enciclopedia de Oviedo, pero se tropezó siempre con la mala voluntad oficial.» En los escritos del cura de la colonia, dice el señor González Suárez, no dejó de descubrir el ojo

avizor del Consejo de Indias algunas cosas nada convenientes con las regalías del Monarca español en estas partes.» Vergara no conocía a este Oviedo, pero Ancízar lo citó varias veces en *La Peregrinación de Alpha*.

En la literatura religiosa de la época figuran algunas historias de santuarios y advocaciones, como la *Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma y milagro de la Imagen de Chiquinquirá*, por el padre Pedro de Tovar y Buendía, hijo de Santa Fe; y varias vidas de religiosas, como la que el padre Pedro Pablo de Villamor escribió de la venerable Madre Francisca María del Niño Jesús, en el siglo doña Francisca Lionel de Caicedo. Imprimióse este curioso libro en Madrid en 1723. El padre Villamor era bogotano, religioso de san Juan de Dios y «maestro en filosofía, medicina, teología y sagrada escritura,» según el decir del jesuita padre Varillas.

En el siglo XVIII hallamos algunos escritores de mérito, que cultivaron géneros distintos de la crónica. Dos llaman particularmente nuestra atención. El primero es el doctor Juan Bautista de Toro, hijo de Santa Fe, capellán de la Escuela de Cristo. Poco se sabe de la vida de este escritor. Entre otros varios trabajos menores, escribió *El secular religioso*, libro que se imprimió en Madrid en 1722 y fue reimpresso allí mismo por Ibarra en 1778. Tanto Vergara como don Miguel Antonio Caro elogian cumplidamente los méritos del modesto sacerdote bogotano. Su libro no es un manual de ascetismo, aun cuando sí de vida profundamente religiosa. Considera al secular en las varias situaciones y circunstancias en que puede hallarse, y demuestra que en todos los estados puede ser fiel cumplidor de la ley de Dios. Como moralista cristiano, habla a grandes y a pequeños con libertad evangélica, no ahorrando terribles advertencias ni aun a los mismos reyes. No es un moralista

original, pero sí un valiente expositor de la moral de Cristo. Y expresa sus pensamientos, no en la forma retorcida y artificiosa con que los gongoristas ocultaban su vanidad intelectual y afectiva, sino en estilo claro, enérgico y sentencioso, que revela al lector de Séneca y de Quevedo, a quienes en su libro cita. En medio de la corrupción espantosa a que había llegado la literatura devota del siglo XVIII, cuyos predicadores macarrónicos inmortalizó *fray Gerundio de Campazas*, Toro parece un prodigio de sencillez y naturalidad, aun cuando a veces prodiga las citas y enumeraciones. Gusta mucho de las comparaciones tomadas de la historia natural, repitiendo las absurdas consejas que entonces corrían sobre las costumbres de ciertos animales y propiedades de algunas piedras. En esta parte, Toro se atuvo al ejemplo dado por ilustres clásicos, entre otros por fray Luis de Granada en *El símbolo de la fe*. Recordamos esto para hacer resaltar más la importancia de la revolución científica iniciada por Mutis en el Nuevo Reino, y de la cual hablaremos luégo.

Para dar a conocer el estilo y el pensamiento del doctor Toro, citamos el párrafo siguiente, que contiene una enérgica protesta de un fidelísimo súbdito de España contra inveterados abusos. Datos son éstos que el historiador debe apreciar cuando trate de investigar los remotos orígenes del movimiento de emancipación que debía estallar algunos años adelante: «¡Miserables indios de este Nuevo Reino de Granada, donde escribo lo que estoy escribiendo! Que es ver y considerar cómo por pasar vida regalada muchos de los que tienen el nombre de cristianos, tan indignos de este nombre como yo; muchos corregidores, digo, y encomenderos, se sustentan de la sangre de estos desdichados, como en este mismo reino lo mostró aquel asombro de perfección, san Luis Beltrán. No se contentan con medianos rega-

los a costa de estos infelices, a quienes tratan a veces con más vilipendio que a los brutos y más desprecio que si fuesen vilísimos esclavos, sólo por conocer que son sus espíritus tan pusilánimes y naturalmente tan humildes, que jamás levantan ni aun la voz, si no es cuando a fuerza de azotes (con que por ligeras causas los atormentan muchas veces) los obligan a que la levanten hasta los cielos, que, penetrados ya de sus gemidos, van contra todos despidiendo justos castigos. De sus desnudas y trabajadas carnes sacan con infernal tiranía el sudor que clama al cielo, para tener sobrado para el regalo, la vanidad y el juego; y para tener siempre sus trojes abastecidas solicitan mil estratagemas, haciéndose dueños de sus pequeñas sementeras; y para vestirse ellos de seda, no les permiten a estos tristes ni aun ser dueños de una vestidura de que usan, de muy basta lana. ¡Oh, quién pudiera hacer que los piadosos ojos de nuestro muy católico monarca viesen, como los nuestros están viendo, las inhumanas extorsiones que padecen estos pobres!» Dicho sea en honor de la verdad, el libro en que se dicen estas cosas y se habla en terminos apologéticos de la Compañía de Jesús, entonces suprimida, no ocasionó molestia ninguna a su autor y fue editado en Madrid por el impresor del Rey.

Ahora nos encontramos en presencia de una personalidad literaria mucho más importante que la de don Juan Bautista de Toro: nuestro más insigne escritor de la colonia es una mujer, una religiosa. La venerable madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo, nació en Tunja en 1671. Fueron sus padres don Francisco Ventura de Castillo y Toledo y doña María de Guevara Niño y Rojas, ambos de reconocida nobleza. Como santa Teresa, se dio en su primera edad a la lectura de novelas y comedias; y aún, como dice su

sobrino, el presbítero Castillo y Santamaría, «bajo de honestos motivos, pretendió el amor profano introducir en su corazón este mortal veneno.» Desengañada del mundo, entró en el Monasterio de Santa Clara, de su ciudad natal, en el año de 1689. Como dice aquel biógrafo, «es difícil expresar los interiores y exteriores combates que desde este punto tuvo que sufrir.» Fue por tres veces superiora de su convento y murió en opinión de santa el año de 1724. Por orden de sus confesores, y venciendo sus naturales desconfianzas, escribió el libro de su *Vida* y el de sus *Sentimientos espirituales*. El primero y una parte del segundo se imprimieron muchos años después de su muerte, por la piadosa solicitud de uno de sus deudos. Porción muy considerable de los *Sentimientos* aún permanece inédita, en mengua de las letras patrias.

Tiene la madre Castillo el mismo mérito que ya hemos reconocido en Juan Bautista de Toro: la inafectada sencillez de su prosa, «digna del siglo XVI,» según dijo Menéndez y Pelayo. Leyendo sus libros, nadie pensaría que fueron escritos en pleno reinado del gongorismo. Y no se diga que el haber vivido en un claustro la preservó del contagio, pues en iguales circunstancias se halló mujer de tan preclaro ingenio como la monja mexicana sor Juana Inés de la Cruz; y sus versos revelan el culterano gusto de la época. Pero sor Juana Inés de la Cruz pretendía halagar a la corte virreynal, que justamente la admiraba, al paso que la madre Francisca escribía por obediencia; y más de una vez estuvo tentada a destruir sus manuscritos, como consta en el libro de sus *Sentimientos*. Dice Vergara que «su estilo y su lenguaje la colocan al lado de santa Teresa de Jesús; y hasta en las peripecias de su vida le fue parecida.» Sobre esto hay que hacer algunas distinciones. Ciertos rasgos de la vida de la monja de Tunja recuer-

dan otros de la de santa Teresa; ambas escribieron la historia de su alma; ambas fueron amantísimas esposas de Cristo; ambas figuran en el número de los escritores místicos españoles; pero no puede compararse la vida puramente contemplativa de la granadina, obligada a languidecer en un ambiente conventual, que casi siempre le fue hostil, por la estrechez de comprensión con que fue juzgada por sus compañeras esa alma de elección, y la existencia, a un tiempo activa y contemplativa de santa Teresa, en quien se unieron, por caso prodigioso, la más alta intuición de las cosas divinas y la más exacta apreciación de las humanas. La mujer extraordinaria, de quien dijo Barbey d'Aureilly que era «una de las más mejestuosas mujeres de Estado que se hayan sentado en un escabel, en vez de sentarse en un trono»; aquella a quien Huysmans calificó de «Colbert femenino»; la que, como fundadora y reformadora, recorrió a toda España y estuvo en comunicación con los más altos personajes de su tiempo, ocupa, además, la cúspide de la mística cristiana por su maravillosa vida espiritual y por la acabada exposición de la ciencia y del arte de la mística, que nos dejó en *Las moradas*.

No alcanza a tales alturas la monja Castillo, que fue un alma afectiva, pero que no expone un sistema místico, en forma doctrinal, como la doctora de Avila. Tampoco en el estilo ofrecen semejanza las dos escritoras. Santa Teresa usó el habla corriente de Castilla, con todos sus donaires e idiotismos populares; y escribió como hablaba, siendo de los clásicos españoles el más ajeno de toda preocupación literaria. La prosa de santa Teresa es una conversación, realizada por el vivo ingenio y la fresca imaginación con que la bienaventurada sabe dar forma sensible a los más sutiles e inaccesibles conceptos, a las más inefables comunicaciones de la cria-

tura con Dios, en el centro del alma. El estilo de la madre Castillo es espontáneamente oratorio, y se presenta adornado con las galas y preseas de los libros sagrados, hasta el punto de que los *Sentimientos* son un tejido de expresiones bíblicas. Complácese nuestra escritora en continuas y vivas efusiones, inspiradas ya en la contemplación de las infinitas perfecciones de Dios, ya en el conocimiento de la propia indignidad y bajeza; sobre estos dos órdenes de pensamientos y de emociones gira la mística de la madre Castillo, alma apasionada e inquieta, siempre recelosa de sí misma, siempre sedienta del bien supremo. Su estilo es, como su alma, apasionado y vibrante, y con frecuencia ofrece, al lado de cierta incoherencia en el enlace de los razonamientos, expresiones atrevidas y originales, que iluminan, como relámpagos, las profundidades de la vida mística. Si con algún libro español hubiéramos de comparar los *Sentimientos*, no sería ciertamente con las obras tere-sianas, sino más bien con aquellas encendidas *Meditaciones del amor de Dios* que escribió fray Diego de Estella. Hemos dicho que el estilo de la madre Castillo es oratorio. Léase el siguiente pasaje, y tómese nota del estilo imaginativo y brillante; de la amplitud majestuosa del período; del arte con que están engastados los incisos; al movimiento y número de la frase; de la brevedad y concisión del rasgo final, que es como un broche que recoge los amplios pliegues de un manto; y después de apreciados estos pormenores, dígase si la humilde religiosa de Tunja no tenía una elocuencia oratoria muy superior a la de todos los predicadores españoles de su tiempo.

(Continuará)

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFIA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Carlos Lozano y Lozano, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico